

# LA PATRIA QUE EL SEÑOR NOS CONFÍÓ

**Entre los laicos miembros de Acción Católica que permanecen hoy en Cuba está Anita Smith. O si lo prefieren más solemne, Ana Gabriela Smith y Foyo. En el año que celebramos el aniversario 20 del ENEC, ha aceptado una invitación de *Espacio Laical* para narrar su vasta experiencia en las labores misionera y formativa dentro de la Iglesia Cubana**



Foto: ManRoVal

Ana Smith nació el primero de noviembre de 1934 en Caibarién, Villa Clara, al amparo de una familia católica. El padre, notario, y la madre, ama de casa, tuvieron seis hijos. De la familia, recuerda:

“Mi padre era de los pocos hombres en el pueblo que asistían a misa cada domingo. Estuvo entre los fundadores de los Caballeros Católicos en Sagua, 1925, con Valentín Arenas y el padre Esteban Rivas, como asesor. Nací un año después de la caída de Machado, una época marcada todavía por una gran depresión económica y mi familia decidió trasladarse a la capital del país.

Así llegamos a La Habana Vieja, donde vivimos por 20 años. Asistíamos a misa los domingos, y en otras ocasiones, en la Catedral y la Iglesia de San Francisco.

Mi madre era miembro de la Tercera Orden Franciscana. Tres hermanos eran ya jucistas (JUC: Juventud Universitaria Católica), y otro, de la Agrupación Católica Universitaria (ACU)”.

## **Estudios en escuelas católicas**

“Pasé 11 años con las religiosas del Sagrado Corazón. Todavía residen en la Parroquia del Rosario, en el Vedado, una mis profesoras, la hermana Raquel Pérez, y varias condiscípulas mías, religiosas también. En esos años de colegio ingresé a la Juventud Estudiantil Católica (JEC). En el curso 1952-53 pasé a la JUC, al ingresar en la Universidad de La Habana para estudiar Pedagogía, pues mi vocación era el magisterio.

En 1955, por la grave situación política del país, cerró la Universidad. Pero me mantuve en la JUC, como miembro de actas del Secretariado Nacional; formé parte del Consejo Nacional de la Juventud Femenina de la Acción Católica Cubana (JFACC) al designar los Obispos a Hilda López como presidenta”.

## **Juventud Universitaria Católica**

“La JUC estaba constituida en las Universidades de La Habana, la de Villanueva, en la de Santa Clara y la de Santiago de Cuba. La fundación de la Federación de la Juventud Católica Cubana, en 1928, realizó el milagro de unir a los jóvenes católicos con una misma disciplina e ideales. Hizo posible y facilitó que, en 1943, cuando se instauró la Acción Católica (AC), se integraran las dos ramas juveniles: la masculina y la femenina.

La JEC y la JUC eran secciones especializadas que, con la Juventud Obrera Católica (JOC), contribuyeron a la proyección apostólica de la Acción Católica. El grueso del movimiento estaba formado por grupos parroquiales y locales llamados Juventud de Acción Católica (JAC).

Jecistas, jucistas y jocistas, eran, ante todo, federados, con los mismos ideales dentro de los métodos específicos de cada apostolado. Era la unidad fundamental del movimiento espiritual juvenil”.

En la convulsa década del 50 fueron muchas y variadas las actividades de los universitarios católicos cubanos. Ana Smith relata:

“Entre 1952 y 1956 los estudiantes católicos trabajaron en varios proyectos de formación y apostolado. Especialmente recuerdo una encuesta en colaboración con la JUC de la Universidad de Villanueva. El propósito fue palpar la espiritualidad y el compromiso católicos en el ambiente universitario. La investigación descubrió gran ambigüedad en criterios, y muy poca concordancia entre fe y vida. Sólo había un uno por ciento de católicos practicantes entre los jóvenes del ambiente universitario de esa época. Por cierto, entre los estudiantes universitarios estaban monseñor Carlos Manuel de Céspedes y Josefina Guerra, aún en apostolado activo ambos.

El primer local de reuniones de la JUC fue en la calle 27, entre L y M, Vedado, en lo que hoy es la casa de las Hermanas Sociales. Funcionaba allí también el Dispensario San Francisco de Asís, atendido por profesionales procedentes de la sección universitaria y por las mujeres de la Acción Católica. El servicio era gratuito.

En los años 50, las universitarias, por necesidades de local, trasladaron su sede a la casa contigua a Villa San José. En esa casa radicaban los consejos nacionales y diocesanos de la Juventud Femenina y de la Juventud Masculina.

La JUC de la Universidad de La Habana se reunía para una misa mensual. Participaban alumnos de todas las facultades, y confraternizaban durante el desayuno, en alguna cafetería cercana. Durante tiempo se celebró en San Juan de Letrán. Después, en el local de L (vecino a la casa de Don Fernando Ortiz), donde estuvo el Hogar Católico Universitario, fundado por el hermano Victorino para residencia de universitarios católicos procedentes de las provincias”.

**El fin primero y principal de la Federación era la formación religiosa, intelectual, moral y social de sus miembros. Formaba a la juventud para el apostolado externo (evangelización) y para la acción. La profesora Ana Smith considera que la acción exterior, las obras, y la palabra requieren muchos conocimientos, de buen criterio, una doctrina segura, prudencia, energía:**

“Eso sólo lo alcanza la juventud cuando tiene una preparación anterior. Como medios de formación se orientaban la Santa Misa, frecuentar los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, la dirección y la lectura espirituales, los retiros y círculos de estudio, semanales o quincenales, con un programa sobre elementos de la Doctrina Cristiana, cuestiones sociales o de moral, expuestas por los pontífices en sus encíclicas.

En 1955, participé en la Segunda Reunión Regional de Pax Romana que unía a México, Centroamérica y el Caribe. Se realizó en Cuba, durante el mes de abril. Originalmente se pensó que la querida Universidad de La Habana, de tanta tradición nacional, fuera la sede de la inauguración. José Antonio Echeverría, ya presidente de la FEU, estuvo de acuerdo. Pero algunos grupos se opusieron y hubo temor de empañar el prestigio de esa institución, laica y abierta, con protestas durante el acto. De tal manera fue trasladada a la Universidad Católica de Villanueva.

Ese mismo año asistí como delegada de la JUC cubana, del 17 al 25 de agosto, al Congreso Internacional de Pax Romana, en la Universidad de Nottingham, Londres. La delegación cubana era la más nutrida de Latinoamérica. Fue un congreso de universitarios y profesionales católicos que recuerdo como una preciosa lección de unidad de la Iglesia. En las tardes, todos los participantes rezaban el rosario en latín en los jardines de la universidad; una única oración que nos unía ante la Madre de Dios.

Durante todos esos años de estudio haber estado en la JEC y la JUC no fue una carga, sino un desarrollo constante: era el compromiso asumido por las promesas del bautismo”.

## Fidelidad a la Iglesia

**El Congreso Católico que se celebró a fines de 1959 fue un encuentro nacional con actos masivos, y coincidió con asambleas de las cuatro ramas de la A.C. Los Obispos nombraron a los cuatro presidentes nacionales (correspondientes a cada rama). Marta Díaz, hasta ese momento secretaria general nacional de la JUC, fue designada presidenta de la rama femenina; Ana Smith quedó en su lugar en la JUC durante casi un año. De esos momentos, narra:**

“Se buscaba la unión de la JEC y la JUC. Considero a la JUC más identificada con el movimiento de profesionales que estaba por surgir. Pedí mi sustitución de la secretaría general nacional, quedando como vicepresidenta del Consejo Nacional, y delegada en la Agrupación Nacional de Organizaciones Juveniles de Cuba (ANOJC) como secretaria de actas.

La ANOJC reunía organizaciones juveniles de todo tipo, excepto de corte político: scouts, evangélicos, bautistas, musicales, filatélicos, movimientos juveniles de la masonería y católicos, (donde estaba la ACU, congregaciones marianas femeninas, juventudes de la AC y los Escuderos de Colón).

En agosto de 1960 fui delegada, por la ANOJC, a la World Assembly of Youth (WAY) en Accra, Ghana, África. Representaba a Cuba junto a José Cambriella.

Cuando se abren de nuevo los estudios universitarios, terminé las asignaturas pendientes en un curso de liquidación de programas anteriores. Obtuve el doctorado en Pedagogía en la Universidad de La Habana en el curso 1959-60. De 1960 a 1961 trabajé en la escuela parroquial que estaban construyendo los Padres Dominicos en la calle 32, donde ya estaba el templo Jesús Obrero.

La escuela era gratuita, con seis grados. Impartía el cuarto. Los alumnos procedían del barrio que llamaban El Fanguito, insalubre, de casas precarias a la orilla del río Almendares. Durante el curso, con un patronato de laicos, se completó su fabricación: dos plantas, aulas suficientes, ventiladas, buenas instalaciones sanitarias y un amplio patio. Las religiosas dominicas americanas dieron las sillas de paleta para amueblarlas. Cuando el Estado la nacionalizó, en mayo de 1961, encontró una buena edificación escolar.

En una ocasión invitamos a un grupo de niños a la playa. Fueron al Náutico, que ya no era un club privado. Algunos niños nunca se habían bañado en el mar, a pesar de tenerlo tan cerca. Vivían, como dije, en El Fanguito, en oquedades en las rocas prolongadas como habitaciones hacia delante, con anuncios metálicos que hacían de puertas y paredes.

Las actividades de la Acción Católica cesan en 1964. Pasé a trabajar en la parroquia. Fue una experiencia inolvidable. Ya no estaba en un grupo homogéneo, como el de la Universidad. Ahora era una comunidad cristiana de diversas manifestaciones. En las décadas del 70 y el 80, trabajé en la parroquia El Salvador del Mundo, con los adolescentes y los adultos de la Vicaría Cerro-Vedado”.

**1986: participa en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC). Comprueba, con mucha alegría, la vida que aún había en nuestra Iglesia:**

“Fue una experiencia única. Los que tuvimos la dicha de vivir aquel momento, tenemos mucho para contar. Por ejemplo, Josefina Zaragoza, primera presidenta de la Juventud Femenina de la AC, asistió enferma a su clausura. Emocionada, me decía: ¡Anita, quién hubiera pensado esto en los años 60!

El período que nos ha tocado vivir no ha sido nada estable. Vine al mundo después de la Revolución del 33, el fin del Machadato. De joven viví el golpe de estado del 10 de marzo; de una gran conmoción política. La época de 1952 a 1958 fue muy complicada. El repudio mayoritario de la población al golpe militar a escasos meses de las elecciones presidenciales alteró el orden institucional del país; ensombreció la vida de la nación. Todo se politizó, y los avances sociales se debilitaron, los logrados y los que se hubieran podido alcanzar. Quedaban

jóvenes que continuaron su vida sin tomar posiciones. La mayoría con conciencia cívica se vio ante la situación de escoger un camino: el de la acción política contra el gobierno o el de la actuación cívica en la vida civil, para transformarla desde la Acción Católica.

Tomé ese último camino, segura de que evangelizar es civilizar; que el mayor bien se podía lograr llevando una conciencia cristiana a la sociedad. Debía escoger entre dar la vida por Cuba en una acción expresamente política, o darla día a día en la profesión para preparar el cambio.

Muchas personalidades de la nación tomaron el camino de la acción cívica coordinada. La Juventud Católica estuvo presente. Temía que el apasionamiento generara una acción más violenta; apasionamiento que, una vez logradas las metas, en aquel caso eliminar la dictadura, podían apartarnos de la necesaria mesura, de la imprescindible libertad de pensamiento. No deseaba que nos apartáramos de una conciencia de paz; debíamos construir un futuro sin resentimientos, sin adhesiones excesivas a figuras y proyectos humanos.

Después de 1959, muchos antiguos miembros de la AC se alejaron de la Iglesia por años, hasta que la madurez los llevó a un juicio más libre y equilibrado. Abandonaron la práctica religiosa, y ahora la están recobrando. Viví la disolución de la Acción Católica, el éxodo de sacerdotes, el cierre y el deterioro de las parroquias, las primeras comunidades vacías, los años de magisterio en medio de una sociedad socialista de marcado ateísmo.

En todo este largo y espinoso camino es que sucede el ENEC: un momento de reflexión, de renovación para todos los que hemos sido fieles a Cristo y a la Iglesia en Cuba”.

### **El Señor y Su ayuda: siempre presente.**

“Ha sido un largo tiempo de pensar muy en serio lo que se hacía, de buscar al Señor y su palabra en los acontecimientos, de revisar cada día nuestra actuación. El Señor me concedió vivir en una familia unida, de sentimientos e ideas muy afines; en una comunidad eclesial que vino a consolarnos. La comunidad de la parroquia del Cerro, que con tanto fruto se esforzó en crear Monseñor Petit, durante 17 años, nos mantuvo vinculados estrechamente a la Iglesia Diocesana. Nunca fuimos una comunidad cerrada. En cuanto al Señor y su ayuda, siempre ha estado presente, ¿qué más se puede pedir? Él es un excelente Cireneo”.

**Actualmente profesora de Literatura Universal y Cubana del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, Ana Smith es de carácter suave; rostro siempre iluminado por una dulce sonrisa; hablar pausado, acompañado de una aureola de paz y timidez y que, al mismo tiempo, descubre un interior de voluntad y rectitud. Le gusta la música, y vibra con la pintura que creció amando: atesora en casa los cuadros que desde pequeña vio pintar a su madre. Tiene gran afición por la lectura, la poesía; ama las plantas y a los animales. Con esa mezcla de fuerza y ternura, concluye:**

-La decisión de permanecer en Cuba la tomamos todos juntos, en familia. Aquí nacimos. Somos cubanos porque el Señor, en su Providencia, así lo dispuso. En la Acción Católica habíamos fortalecido el espíritu de responsabilidad con la nación. Muchos pensamos, al quedarnos, que podíamos dar testimonio de fe donde nos pidieran cuenta de nuestra esperanza. ¡Qué menos para afrontar las dificultades padecidas que ofrecer lo mejor, el conocimiento de Cristo Jesús a la patria que el Señor nos confió! Esa es la base y el fundamento de todo lo demás.